

SAVERNY

Sin haberlo visto lo juraría. Aunque no son tímidas, esas mujeres no gustan de viajar solas.

LAFFEMAS, aparte

Por de pronto hagamos guardar la puerta. Luego convendrá desenmascarar al falso comediante. Esta vez le he cogido.

(Sale.)

SAVERNY, viendo salir á LAFFEMAS; aparte

Debo haber cometido alguna ligereza. ¡Bah!

(Llevándose aparte al gracioso, que hasta entonces habrá permanecido en un rincón, gesticulando solo y rezando por lo bajo su papel.)

¿Quién es aquella dama, aquella sentada allí?

GRACIOSO

¿La Jimena?

(Con solemnidad.)

Señor mío, yo ignoro su nombre.

(Señalando á DIDIER.)

De todo os enterará este señor, su noble compañero.

(Sale por el lado del parque.)

ESCENA SÉPTIMA

DIDIER y SAVERNY

SAVERNY, dirigiéndose á DIDIER

¿Este señor?... Decidme... ¡Es singular el modo que tiene de mirarme! ¡Oh! ¡Pero si es él! ¡Si es Didier! ¡Si es mi hombre!

(En voz alta á DIDIER.)

Si no estuviera preso, os parecéis, amigo...

DIDIER

Y vos, si no estuviera muerto, tenéis el aspecto de un hombre á quien yo creía haber enviado á la tumba con dos palabras.

SAVERNY

¡Callad! ¡Vos sois Didier!

DIDIER

Y vos el marqués Gaspar.

SAVERNY

Sois vos quien cierta noche me socorrió en cierta calle. Por consiguiente, os debo la vida...

(Se le acerca con los brazos abiertos. DIDIER retrocede.)

DIDIER

Dispensad mi sorpresa, pero yo creía habérmela cobrado.

SAVERNY

No. Vos me salvasteis, pero no me matasteis. Decid, ¿os falta un hermano, un amigo, un esclavo? ¿Qué queréis de mí? ¿Mis bienes? ¿Mi sangre? ¿Mi alma?

DIDIER

Nada de esto. Cierta retrato de mujer.

(SAVERNY le da el retrato. Amargamente, contemplándolo.)

Sí, ésta es su frente, éstos sus ojos negros, su cuello blanco, sobre todo su aire de candidez; es extraordinario el parecido.

SAVERNY

¿Verdad?

DIDIER

Este retrato, ¿lo hizo pintar para vos?

SAVERNY, con un signo afirmativo, saludando á DIDIER

Ahora sois vos el preferido, vos el escogido entre tantos amantes. ¡Hombre afortunado!

DIDIER, con risa estrepitosa y forzada

¿Verdad que soy afortunado?

SAVERNY

Os doy mi más cumplida enhorabuena. Es una buena muchacha que no se enamora más que de los hijos de nobles familias. Se puede estar orgulloso de

una tal querida. Acredita y es de buen tono. Si alguien pregunta por vos, veréis como responderán: Es el amante de Marión de Lorme.

(DIDIER quiere devolverle el retrato; él se niega á recibirlo.)

No. Guardad el retrato. Ella es vuestra; el retrato os pertenece de derecho. Guardadlo.

DIDIER

Gracias.

(Estrecha el retrato contra su pecho.)

SAVERNY

Pero, ¿sabéis que está hermosa vestida de española? ¿Es decir, que vos me habéis sucedido? ¡Oh! Una sucesión parecida á la del rey Luis con respecto al rey Faramundo. Los que efectivamente me sucedieron á mí fueron los Brissac, los dos, como suena.

(Riendo.)

Y luego ¡el propio cardenal! Podéis creerme. Luego D'Effiat y los tres Sainte-Mesme, luego los cuatro Argenteau... Os digo que en su corazón tenéis nobles compañeros.

(Riendo.)

Tal vez demasiados...

DIDIER, aparte

¡Horror!

SAVERNY

Luego me contaréis... Yo, para hablaros desde el principio francamente, os diré que paso aquí por muerto y que mañana me entierran. Pero vos os habéis burlado bravamente de esbirros y escribanos. Marión os habrá hecho abrir las puertas de la cárcel y os habréis juntado por el camino con una tropa de

cómicos andantes, ¿verdad? Debe ser una historia divertida.

DIDIER

¡Toda una historia!

SAVERNY

¡Oh! Marión por salvaros habrá hecho feliz á algún arquero.

DIDIER, con voz de trueno

¡Vive Dios! ¿Lo creéis?

SAVERNY

¡Cómo! ¿Vais á tener celos?

(Riendo.)

¡Qué espantoso ridículo! ¿Celos de quién? ¡Celos de Marión de Lorme! ¡Pobre niña! ¡No vayáis ahora á sermonearla!

DIDIER

Descuidad.

(Aparte)

¡El ángel era un demonio!

(Entran LAFFEMAS y el gracioso. DIDIER sale. SAVERNY le sigue.)

ESCENA OCTAVA

LAFFEMAS y EL GRACIOSO

EL GRACIOSO, á LAFFEMAS

No sé á quien os referís, señor.

(Aparte.)

¡Hum! Traje de alcalde y figura de esbirro, pequeño el ojo, la ceja poblada; éste debe hacer papeles de alguacil.

LAFFEMAS, dándole una bolsa

¡Vamos, amigo!

GRACIOSO, acercándose

La que á vos os interesa es nuestra Jimena, ¿verdad? ¿Y deseáis saber...?

LAFFEMAS, en voz baja y sonriendo

Sí, quien es su... Rodrigo.

GRACIOSO

¿Su galán?

LAFFEMAS

Eso es.

GRACIOSO

¿El que gime bajo el peso de la ley?

LAFEMAS, impaciente

¿Está aquí?

GRACIOSO

Sin duda.

LAFEMAS, acercándose á él vivamente interesado

¿Sí? Mostrádmelo.

GRACIOSO, con una profunda reverencia

Soy yo. Estoy loco por ella.

(LAFEMAS, desconcertado, se aleja con despecho; luego vuelve á acercarse haciendo sonar una bolsa al oído del gracioso.)

LAFEMAS

¿Conoces el trincar de las doblas genovesas?

GRACIOSO

¡Oh, es una música que tiene cadencias divinas!

LAFEMAS, aparte

Ya tengo á mi Didier.

(Al gracioso.)

¿Ves esta bolsa?

GRACIOSO

¿Cuánto?

LAFEMAS

Veinte genovesas de oro.

GRACIOSO

¡Hum!

LAFEMAS, rozándole con la bolsa las narices

¿La quieres?

GRACIOSO, arrancándole la bolsa de las manos

Claro que sí.

(Con tono teatral, á LAFEMAS, que le escucha ansiosamente.)

Monseñor, si llevaras sobre tu espalda una bolsa tan grande como tu vientre y la hicieras llenar de ducados, de luises, de doblones y cequies... entonces...

LAFEMAS

Entonces, ¿qué harías?

GRACIOSO, guardándose la bolsa en el bolsillo

Entonces me guardaría la suma y diría:

(con una profunda reverencia)

¡Gracias, señor, sois todo un hombre!

LAFEMAS, aparte

¡Se ha burlado de mí!

GRACIOSO, aparte, riendo

¡Al diablo el gato viejo!

LAFEMAS, aparte

Se han confabulado entre ellos, previendo el caso de que se le buscara. Es todo un complot. Y todos callarán del mismo modo. ¡Oh, malditos satanes de Egipto y de Bohemia!

(Al gracioso, que se va.)

Tú, devuélveme la bolsa, por lo menos.

GRACIOSO, volviéndose en tono trágico

¿Por quién me habéis tomado, señor? ¿Qué diría el mundo de nosotros? ¿Vos proponerme y yo aceptar la venta de un amigo y de mi alma por un puñado de oro?

LAFFEMAS, reteniéndole

Bueno, pero devuelve las monedas.

GRACIOSO

Defiendo mi honor y no tengo cuentas que daros, señor mío!

(Saluda y vuelve á entrar en la granja.)

ESCENA NOVENA

LAFFEMAS, solo

¡Despotricador indecente! ¡Que haya orgullo en tan bajos espíritus! ¡Así pudieras caer algún día en mis manos! Aunque afortunadamente cobro caza más noble. Pero ¿cómo dar con Didier entre toda esta chusma? Coger á la banda en masa y hacerla declarar, no puede ser. ¡Perfecto embrollo! Es como buscar una aguja en un campo de trigo. Sería necesario el poder de un alquimista embrujado para arrancarle á este lingote de metal innoble el grano de oro que contiene. ¡Volver sin mi presa á los pies del cardenal!

(Dándose una palmada en la frente.)

¡Qué idea!... ¡Sí!... ¡Qué felicidad! ¡Ya es mío!

(Llamando desde la puerta de la granja.)

¡Eh, los de la tropa, cómicos, mujeres y gente de farándula! ¡Dos palabras!

(Salen todos los comediantes de la granja.)

ESCENA DÉCIMA

Los mismos y LOS COMEDIANTES; entre éstos, MARIÓN y DIDIER; después SAVERNY; después EL MARQUÉS DE NANGIS.

ESCARAMUZA, á LAFFEMAS

¿Qué queréis de nosotros?

LAFFEMAS

Sin ambajes, helo aquí: el cardenal me ha comisionado para escoger, entre los de provincia, actores que puedan representar las obras que escribe en sus ratos de ocio; porque, á pesar de sus esfuerzos, su teatro está caduco y honra poco á todo un cardenal-duce.

(Todos los comediantes se acercan con curiosidad. Entra SAVERNY, que les observa.)

GRACIOSO, aparte, contando las genovesas de LAFFEMAS

¡Doce! ¡Y me había dicho veintel! ¡Canalla, me ha robado!

LAFFEMAS

Que cada cual recite lo que recuerde de su papel, para que yo os conozca á todos y pueda escoger en justicia.

(Aparte.)

MARIÓN DE LORME

107

Si Didier se libra de esta emboscada, es más fino que yo.

(Alto.)

¿Estáis aquí todos?

(MARIÓN se acerca furtivamente á DIDIER y trata de llevárselo; DIDIER retrocede y la rechaza.)

GRACIOSO, dirigiéndose á ellos

¡Ea! Venid vosotros también.

MARIÓN

¡Dios mío!

(DIDIER se aleja de ella y va á mezclarse con los cómicos; ella le sigue.)

LAFFEMAS

¡Gran fortuna la que hoy se os ofrece! ¡Trajes nuevos, festines regios y recitar todas las noches versos cardenalicios! ¡Ahí es nada!

(Todos los cómicos se colocan en fila delante de LAFFEMAS. MARIÓN y DIDIER entre ellos: DIDIER sin mirarla, los ojos clavados en el suelo, cruzados los brazos bajo su capa; MARIÓN fijando en DIDIER los suyos llenos de ansiedad.)

GRACIOSO, al frente de la banda. Aparte

¡Quién dijera que este siniestro cuervo reclutaba cómicos para un cardenal-ministro!

LAFFEMAS, al GRACIOSO

Empieza tú. ¿Quién eres?

GRACIOSO

Yo soy el gracioso de la banda y ahí va lo que mejor me sé:

Los magistrados son pelucas rasos de frente, cortos de nuca.

De esa cazuela, en profusión,
cuerdas, cadenas y prisión
salen, apenas lo demande,
irguiéndose de repente,
otra peluca más grande
á la que llaman presidente.

Que un pelagatos ambulante
enlustre y lave, como un guante,
un mechón de hebras, arrancado
de la cabeza de un ahorcado;
que, con malicia y gracia cuca,
lo trence y peine bien alisado,
y ya tenéis una peluca
ó, hablando en plata, un magistrado.

Un abogado es un diluvio
que apaga al juez que es un Vesubio;
su jerga innobles tumbos da
entre el latín y el patuá...

LAFFEMAS, interrumpiéndole

Estás cantando en falsete y desafinas. Cállate...

GRACIOSO

Yo podré cantar en falsete, pero mi canción es
verdadera.

LAFFEMAS, á ESCARAMUZA

Ahora vos.

ESCARAMUZA, saludando

Yo soy Escaramuza, señor, y en la *Dueña de honor* empiezo así mi escena:

Nada vale, decía una reina de España,
lo que obispo ante el ara, ó soldado en campaña,
si no es hembra en el lecho ó caza en el trinchante...

(LAFEMAS le interrumpe con un gesto y hace á FIERABRÁS signos de que hable. FIERABRÁS saluda profundamente y se levanta.)

FIERABRÁS, con énfasis

Yo soy Fierabrás. Llego del Tibet; he vencido al
gran Kan, le he tomado al mogol...

LAFEMAS

Otra cosa.

(Bajo á SAVERNY, que está en pie cerca de él.)

¡En verdad os digo que es hermosa Marión!

FIERABRÁS

Y, sin embargo, es de lo mejor que conozco. Pero,
si queréis, seré Carlomagno, emperador de Occi-
dente.

(Declama con énfasis.)

¡Cielos! ¡Destino extraño! Yo os conjuro
á ser testigos de mi pena cruda.
¡Ay! ¡A mí mismo despojarme es fuerza
de mis propios dominios y entregarlos
á extraña voluntad y extraño dueño!
Yo mismo he de dotar á mis contrarios.
Y al hacerlo, obediente á mi destino,
colmarme de tristezas el estómago.
¡Oh! ¡De este modo fabricáis, oh pájaros,
los nidos que no son para vosotros!
¡Así la miel, que no catáis, abejas,
dejáis en las colmenas de los rústicos!
¡Así os cubrís de lana y os esquilan,
errabundos rebaños de rumiantes!
¡Así cargáis, oh bueyes, con el yugo
para desterronar ajenos campos!

LAFFEMAS

Bien.

(A SAVERNY.)

¡Qué hermosos versos! Son de la *Bradamante*, de Garnier. ¡Qué poeta!

(A MARIÓN.)

Ahora os toca á vos, hermosa. ¿Vuestro nombre?

MARIÓN, temblando

Yo soy la Jimena.

LAFFEMAS

¿De veras? Entonces tenéis un amante que mata á alguien en desafío...

MARIÓN, asustada

¿Yo?

LAFFEMAS, con ironía

Sí, no me equivoco... y que se escapa...

DIDIER, aparte

¡Dios mío!

LAFFEMAS

Vamos, explicadnos en verso esa historia.

MARIÓN, dirigiéndose á DIDIER sin darse cuenta

Y pues, para arrancarte á este peligro, ni tu honor ni tu vida son bastantes, si alguna vez mi amor te ha sido grato, defiéndelo, Rodrigo, á lo Rodrigo, y arráncame á los brazos de Don Sancho. ¡Lucha por destrozar estas cadenas que me atan al objeto de mis odios!

¿Qué más diré? ¡Combate para darle fuerzas á mi deber, calma á mi espíritu! Y si mi amor te mueve todavía, ¡triunfa en la lid, porque es Jimena el premio!

(LAFFEMAS se levanta con galantería y la besa la mano. MARIÓN, pálida, contempla á DIDIER, que permanece inmóvil, con los ojos bajos.)

LAFFEMAS

De verdad, no había oído nunca voz que, como la vuestra, me conmoviese hasta las fibras últimas del alma. ¡Sois adorable!

(A SAVERNY.)

No puede negarse, Corneille no le llega á Garnier. Y eso que desde que le protege Su Eminencia versifica mejor.

(A MARIÓN.)

¡Qué talento! ¡Qué ojos! ¡Y enterraros de este modo! Ese no es vuestro sitio, señora. Sentaos aquí.

(Se sienta y hace á MARIÓN gesto de que se siente á su lado. Ella retrocede.)

MARIÓN, en voz baja, á DIDIER, con angustia

¡Dios mío! ¡Venid á mi lado!

LAFFEMAS, sonriendo

Os digo que vengáis á sentaros aquí.

(DIDIER empuja á MARIÓN, que, horrorizada, se deja caer en el sitio indicado, al lado de DIDIER.)

MARIÓN, aparte

¡Dios mío! ¡Cómo tiemblo!

LAFFEMAS, sonriendo, á MARIÓN, con aire de reproche

¡Por fin!

(A DIDIER.)

Y vos ¿cómo os llamáis?

(DIDIER avanza un paso hacia LAFFEMAS, arroja su capa, y calándose bien el sombrero, dice:)

DIDIER

Yo soy Didier.

MARIÓN, LAFFEMAS, SAVERNY

¡Didier!

(Asombro y estupor.)

DIDIER, á LAFFEMAS, que se pavonea triunfante

Ya podéis despacharles á todos. Ya tenéis vuestra presa. Volved á darme mis cadenas. Confesad que os ha costado algún trabajo llegar á este momento.

MARIÓN, corriendo á él

¡Didier!

DIDIER, con una mirada de hielo

No me distraigáis, señora.

(MARIÓN retrocede y, casi desvanecida, se deja caer en el banco. A LAFFEMAS.)

¡Te he visto dar vueltas á mi alrededor, demonio! ¡He visto brillar en tus ojos la llama del fuego infernal que consume tu espíritu! Podía haber escapado á tus redes inútiles, pero me apenaba que se gastaran en balde tus esfuerzos. ¡Préndeme y hazte pagar bien tu grosera perfidia!

LAFFEMAS, con ira reconcentrada y esforzándose en reír

¿Pero es que vos no hacéis comedias, señor?

DIDIER

Quien la hace eres tú.

LAFFEMAS

La de hoy puede haberme salido medianamente. Pero estamos preparando otra con monseñor el cardenal, que tiene el final trágico, y os reservo un papel.

(MARIÓN lanza un grito de espanto. DIDIER se vuelve desdeñosamente.)

No mováis la cabeza despreciativamente; sabremos apreciar hasta el final vuestro trabajo. ¡Ea! Señor mío, desde ahora podéis encomendar vuestra alma á Dios.

MARIÓN

¡Ah!

(En este momento el MARQUÉS DE NANGIS vuelve á pasar por el fondo, siempre en la misma actitud y seguido de su tropa de alabarderos. Al grito de MARIÓN se detiene y se vuelve hacia los asistentes, pálido, inmóvil y mudo.)

LAFFEMAS, al MARQUÉS DE NANGIS

¡Buena noticia, marqués, pero dejadme vuestra escolta! El asesino de Saverny, que se había escapado, ha vuelto á caer en mis manos.

MARIÓN, arrojándose á los pies de LAFFEMAS

¡Piedad por él!

LAFFEMAS, con galantería

¡Vos á mis pies, señora! ¡Oh, no! ¡Mi sitio está á los vuestros!

MARIÓN, siempre de rodillas y juntando sus manos

¡Oh, señor juez, tened piedad de los demás, si queréis que un día el Juez de todos tenga piedad de vos!

LAFFEMAS, sonriendo

¡Cómo! ¿Venís á sermonearme? ¡Ah, señora, es-

cuchad mis consejos! Reinad en los bailes, brillad en los festines, pero no prediquéis. Yo estoy dispuesto á concederos cuanto me pidáis, pero este hombre es un criminal, ha cometido un asesinato...

DIDIER

¡Mientes! Fué un desafío.

(A MARIÓN.)

¡De piel!

(MARIÓN se levanta temblando.)

LAFFEMAS

Señor...

DIDIER

¡Mientes, digo!

LAFFEMAS

¡Basta!

(A MARIÓN.)

La sangre pide sangre, ¿qué queréis? Este hombre ha matado. ¿Y á quién? Al marqués Gaspar de Saverny,

(señalando á NANGIS)

sobrino de ese digno y desdichado anciano. ¡Un caballero perfecto! ¡Ha sido una pérdida inmensa para el rey y para Francia! Si no hubiera hecho más que herirle, yo no soy de mármol; si...

SAVERNY, avanzando un paso

El que todos creéis muerto, vive. ¡Helo aquí!

(Asombro general.)

LAFFEMAS, estremeciéndose

¡Gaspar de Saverny! Pero, á no ser un milagro...
¿No estaba en su ataúd?

SAVERNY

No ha muerto, digo. ¿Me reconocéis?

(Arrancándose los bigotes postizos, el emplasto y la peluca negra.)

EL MARQUÉS DE NANGIS

¡Gaspar! ¡Sobrino, hijo mío!

(Como despertándose de un sueño, y estrechándole en sus brazos.)

MARIÓN

¡Ah, Didier se ha salvado! ¡Gracias, Dios mío!

DIDIER, clavando en SAVERNY una mirada terrible

¿Por qué os mezcláis en esto? Yo quería morir.

MARIÓN, cayendo de rodillas y levantando los ojos al cielo

¡Dios le protege!

DIDIER, prosiguiendo sin escucharla

Sin mi voluntad de morir, ¿creéis que hubiera caído en sus redes y que no habría roto de un espolazo su miserable tela de araña? Pero ya no deseo mayor felicidad que la muerte. Me debéis la vida, y acabáis de pagármelo muy mal.

MARIÓN

¡Qué dice! ¡Habéis de vivir!

LAFFEMAS

No; todavía no está todo terminado. ¿Estáis seguros de que éste es el marqués de Saverny?

MARIÓN

Sí.

LAFFEMAS

Es lo que conviene aclarar antes que todo.

MARIÓN, señalando al MARQUÉS DE NANGIS, que continúa abrazado á SAVERNY

Pues mirad á ese anciano que sonríe y que llora.

LAFFEMAS

¿Ese hombre es Gaspar de Saverny?

MARIÓN

¡Cómo! ¿Podéis dudarlo después de presenciar el abrazo?

EL MARQUÉS DE NANGIS

¡Es él, sí, mi Gaspar, mi hijo, mi sangre, mi alma!

(A MARIÓN.)

¿Habéis oído? ¡Pregunta si es él, señora!

LAFFEMAS, á NANGIS

Por consiguiente, ¿afirmáis que es vuestro sobrino Gaspar de Saverny?

EL MARQUÉS DE NANGIS, con energía

¡Sí!

LAFFEMAS

Entendidos. Después de esta confesión y en el nombre del rey, marqués de Saverny, daos preso. Vuestra espada.

(Asombro y consternación general.)

EL MARQUÉS DE NANGIS

¡Oh, hijo mío!

MARIÓN

¡Cielos!

DIDIER

¡Una cabeza más! En rigor son dos las necesarias; el cardenal no se contenta con menos: una para cada mano.

EL MARQUÉS DE NANGIS

¿Con qué derecho...?

LAFFEMAS

Preguntadlo á Su Eminencia. Todos los duelistas sobrevivientes caen bajo el peso del edicto.

(A SAVERNY.)

Dadme vuestra espada.

DIDIER, contemplando á SAVERNY

¡Insensato!

SAVERNY, sacando la espada y presentándola á LAFFEMAS

Hela aquí.

EL MARQUÉS DE NANGIS, deteniéndole

¡Alto! En mi presencia nadie es señor aquí. Yo sólo tengo en mis dominios derecho de justicia. El rey, nuestro señor, no sería más que mi huésped en mi castillo.

(A SAVERNY.)

No deis vuestra espada á nadie más que á mí.

(SAVERNY le entrega su espada y lo estrecha en sus brazos.)

LAFFEMAS

En honor de la verdad, es una costumbre feudal

que ya está muy en desuso. Tal vez el cardenal me reprenda; pero yo, que no quiero afligiros...

DIDIER

¡Infame!

LAFFEMAS, inclinándose delante del marqués

Me conformo. En cambio, os suplico á vos que me prestéis vuestros guardas y vuestro calabozo.

EL MARQUÉS DE NANGIS, á sus guardas

Vuestros padres fueron vasallos de mis abuelos. Os prohíbo dar un paso sin mi consentimiento.

LAFFEMAS, con voz potente

¡Arqueros!... Soy juez del Tribunal secreto y lugarteniente criminal de Su Eminencia. Conducid á los dos prisioneros al calabozo del castillo. Queden cuatro guardas custodiando las puertas. Todos me respondéis de ellos con la vida. Bravo ha de ser el que desobedezca; porque si alguno de vosotros vacila y se detiene, conoceré que le pesa demasiado la cabeza, y en nombre del rey le libraré de semejante carga.

(Los guardas, consternados, se llevan á los prisioneros en silencio. El MARQUÉS DE NANGIS vuelve la cabeza y se tapa los ojos con las manos.)

MARIÓN

¡Todo se ha perdido!

(A LAFFEMAS.)

Señor, si vuestro corazón...

LAFFEMAS

Esta noche os diré dos palabras, si venís á hablarme.

MARIÓN

¿Qué querrá de mí? Su risa me hiela. Es un alma profunda y llena de horrores.

(Pretendiendo abrazar á DIDIER.)

¡Didier!

DIDIER, fríamente

¡Adiós, señora!

MARIÓN, estremeciéndose al oír el tono con que la habla

¡Dios mío, qué he hecho! ¡Desgraciada de mí!

(Cae desmayada en el banco.)

DIDIER

¡Desgraciada, sí!

SAVERNY, abrazando al MARQUÉS DE NANGIS, luego vuelto á LAFFEMAS

Decidme, señor, siendo dos las cabezas, ¿os darán paga doble? ¡Que aproveche!

UN CRIADO, al marqués

Señor, ya está dispuesto todo lo necesario para las honras fúnebres del marqués Gaspar. Falta sólo que dispongáis el día y la hora.

LAFFEMAS

Volved dentro de un mes.

(Los guardas se llevan á DIDIER y á SAVERNY.)